

mos una diversion inocente para solazar el ánimo, debe ser con el fin de la propia conservacion, para glorificar y amar á Dios, en cuyo honor debe hacerse todo, como aconseja S. Pablo. Luego amarnos como debemos, es amar á Dios. Por consiguiente el amor de los que se aman á sí mismos con el fin de satisfacer sus pasiones y dar rienda á sus apetitos, es desordenado y criminal, injurioso á Dios y nocivo á ellos mismos.

Por lo que hace á la caridad en cuanto mira al prójimo, ya he dicho que nos obliga á amarlo como á nosotros mismos. Esta es una de las verdades mas inculcadas, pero al mismo tiempo la mas olvidada en la práctica. De aquí la ruina de tantas almas; porque sin amar á Dios, es imposible salvarse; y como este amor está tan enlazado con el amor del prójimo, que ni podemos verdaderamente amarle sin amar á Dios, ni á Dios sin amar al prójimo, el que no tiene caridad, está excluído del reino de los cielos. Mas claro; Dios es la caridad por esencia, y el que permanece en la caridad, permanece en Dios, segun el Evangelio. Por el contrario, el que no tiene caridad con su prójimo, no vive en Dios, ni su gracia habita en él; pues *si no ama á su hermano á quien ve*, dice S. Juan, *¿cómo amará á Dios, á quien no ve?*

Por esta causa, cuando instruía este apóstol en su avanzada edad á sus discípulos sobre el cumplimiento de este precepto, únicamente les decia: *hijitos míos, amáos unos á otros*. Y preguntado por ellos, ¿por qué siempre les decia esto mismo? les respondió esta digna sentencia: *porque es precepto de Dios, y si se observa, basta*. Encierra pues la caridad toda la ley con los profetas. Encierra el amor á Dios, el amor ordenado á nosotros mismos y el amor á nuestros prójimos. Tiene pues esta virtud su orden. En primer lugar se dirige á Dios por amor, en segundo á nosotros mismos, y en tercero á nuestros prójimos. Pero en orden á estos, deben preferirse los parientes, segun su agrado, á los que no lo son; los pastores y superiores á los simples fieles; los cristianos á los infieles, como dicen los padres S. Agustín y S. Bernardo. A todos respectivamente debemos desear y procurar los auxilios contenidos en las obras de misericordia, así espirituales como corporales. De esta suerte cumpliremos con la caridad, y amando á Dios y al prójimo de corazon en vida, le gozaremos en la eternidad. Amen.

SERMON

SOBRE

LA NECESIDAD DE SERVIR Á DIOS DESDE LA JUVENTUD.

(DE NEUVILLE.)

PARA EL VIÉRNES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.

Quis ex vobis arguet me de peccato?

Quién de vosotros me argüirá de pecado?

S. Juan, cap. 8. v. 46.

Al mismo tiempo que los fariseos se gloriaban con arrogancia de ser hijos de Abrahan, de Isaac, de Jacob y herederos de los patriarcas y profetas, le disputaban al Salvador que fuese hijo único de su eterno Padre. Hombres insolentes y temerarios, les dice Jesucristo, ¿cómo os adjudicáis en mi presencia un título ilegítimo? Si descendéis de un padre santo y virtuoso, mostrádo en vuestras obras: *si filii Abrahæ estis, opera Abrahæ facite* (1). En vano corre su sangre en vuestras venas, si le afrentáis con vuestros vicios; y él mismo negará una generacion perversa que deslustra la gloria de su fe con la ignominia de su infidelidad. No reconozco ya en vosotros á los hijos de Abrahan, porque la perversidad de vuestras costumbres os ha dado otro padre en el demonio, de quien habéis aprendido esa rabia y ese furor: *vos ex patre diabolo estis, et desideria patris vestri vultis facere* (2). Pero yo deo que mis acciones declaren y justifiquen la nobleza de mi origen; y si no creéis á mis palabras, preguntád á mis obras: *operibus credite* (3). Examine vuestra maligna y envidiosa curiosidad todos los pasos de mi vida, y vea si encuentra alguna huella mia en los caminos de los pecadores, si toda mi conducta no ha sido nivelada con la mas severa virtud, y si entre tantas acciones halla una sola prohibida por la ley: *quis ex vobis arguet me de peccato?*

(1) S. Joan. c. 8. v. 39. (2) *Ibid.* v. 44. (3) *Ibid.* c. 10, v. 38.

¿Qué podían responder los fariseos á un argumento tan convincente? Á la verdad solo un Dios santo por esencia podia haber pasado la dilatada carrera de su vida sin pecar, pues una virtud tan perfecta no puede nacer ni conservarse en esta miserable tierra contaminada con el pecado de nuestro primer padre, donde por hombre santo no se entiende un hombre que no peca, sino un hombre que peca raras veces y venialmente.

Por esto, católicos oyentes míos, no vengo yo hoy á reprehender esas imperfecciones leves, esas faltas ligeras en que incurre la humana fragilidad; y ¡ojalá que la inocencia de vuestras costumbres no diese materia mas grave al ejercicio de nuestro zelo! Pero lo que injuria á Dios gravemente, lo que á la Iglesia causa tantas lágrimas y desconsuelo, y á los buenos tan vivo dolor, es no solamente que haya hombres perversos que pasan años enteros sumergidos en el hediondo cieno del vicio, sino ver que con afrenta del cristianismo hay un tiempo y una parte de la vida, en que se juzgan los hombres autorizados para mirarlo como el tiempo destinado á pecar, como la edad á que la virtud no tiene derecho alguno.

Es necesario, decís, aguardar que pase la juventud; y gobernándoos por esta máxima detestable, no hay ley que no quebrantéis, ni exceso que no cometáis, ni disolucion que no autoricéis, ni pecado que os atemorice. Hoy intento combatir este espantoso error, manifestándoos, en primer lugar la necesidad de servir á Dios en la juventud; y en segundo lugar los medios de perseverar en ella en su santo servicio. Este es el asunto y la division de mi discurso que á todos os puede ser provechoso, alentando á los jóvenes en su fervor, y excitando á los que no lo son, á verdadera penitencia. Pidamos la gracia por la intercesion de María. *Ave Maria.*

PARTE PRIMERA.

Consiguieron finalmente introducirse y arraigarse en el cristianismo las máximas escandalosas de que así como hay un tiempo para servir á Dios, para dedicarse á la virtud, para procurar la salvacion; hay otro para servir al mundo, para darse á los placeres y para satisfacer las pasiones; que el hombre, como libre, como dueño de sí mismo y árbitro de su corazon, debe en los primeros años rendirse á los halagüeños apetitos que

le arrastran segun los deleites que le incitan, disfrutar del verdor de la juventud, darse á todo género de pasatiempos; que esta amena y agradable edad corre velocísimamente; que la importuna vejez despertará en nosotros y á pesar nuestro serias reflexiones, y que para pensar en la eternidad tendremos bastante tiempo, cuando nos hallemos cerca del sepulcro.

Ved ahí la doctrina que tan sin vergüenza sustituye nuestro siglo á la del Evangelio; ved la doctrina de nuestros teatros, la doctrina de nuestros libros, la doctrina de nuestras conversaciones; doctrina que las pasiones siguen gustosas, el corazon recibe con ansia y la naturaleza corrompida contrapone á la razon; y doctrina con que el infierno, atento á destruir la heredad de Jesucristo por medio de tantos hombres pervertidos y pervertidores que se prestan á su inicuo ministerio, inficiona á toda prisa los últimos dias de este mundo que está amenazando ruína: doctrina diabólica y desatinada en sus principios, y sumamente perniciosa en sus efectos. Cómo así? Porque esta resolucion de pasar la juventud disolutamente, hace á Dios gravísima injuria, os expone á vosotros á horribles desgracias, y os causa irreparables daños. Aplicad vuestra atencion á estas tres reflexiones.

I. *Lætare, juvenis, in adolescentia tua, et ambula in viis cordis tui* (1). Anda, dice el Espíritu santo en el Eclesiastes, anda, joven disoluto, tan dormido á los llamamientos de mi gracia y tan dispierto á los incentivos de los vanos deleites, tan indócil á mi voz que te llama, y tan obediente á la de la concupiscencia que te domina, anda, corre á sacrificar los mejores dias de tu vida al ídolo infame de la sensualidad; anda, y no turbe el curso de tus locas alegrías el menor remordimiento: *Lætare, juvenis*. No niegues á tus sentidos nada de lo que apetecen; vive segun tus depravados deseos, desprecia mi ley santa, siguiendo solamente los impulsos de un corazon desenfrenado: *ambula in viis cordis tui*. Pero no entiendas que siendo testigo de tus desórdenes, los apruebe yo con indigna condescendencia; pues mis ojos, con que observo tus desvarios, tienen contados todos los pasos que das en los caminos de la maldad, y mi mano los escribe en aquel tremendo libro, donde se leerá la suerte eterna de los mortales en el dia de las venganzas: *et scito quod*

(1) *Eccles. c. 11. v. 9.*

pro omnibus his adducet te Deus in iudicium (1). El mundo acaso os perdonará los yerros de la juventud, excusándolos y justificándolos; pero yo no me gobierno por el capricho de un pueblo necio que juzga según el ciego dictámen de las pasiones, y no según las leyes del Evangelio y de la razón: porque yo soy, yo debo y quiero ser Dios de tus primeros años, como lo soy de los postreros días de tu vida, y te pediré estrecha cuenta de ellos: *et scito quod pro omnibus his adducet te Deus in iudicium*. Y ¿por qué los pecados de la juventud no han de ser pecados? ¿Conoce acaso el Evangelio esa frívola distinción de primeros y de últimos años de la vida? ¿en qué pasaje de él se declara que los preceptos no tienen lugar sino al fin de la vida? ¿qué significan pues estas palabras: *dicebat autem ad omnes* (2)? Cuando Jesucristo nuestro bien mandaba caminar por el camino estrecho, hacerse fuerza, negarse á sí mismo, llevar su cruz, seguirle, imitarle; hablaba con todos sin diferencia de estado ni de condición, de empleo ni de calidad, de sexo ni de edad; hablaba con grandes y pequeños, con ricos y pobres, con jóvenes y viejos: *dicebat autem ad omnes*. ¿Cómo, si la edad juvenil goza de especiales privilegios que la exceptúan de la ley común; cómo el apóstol san Pablo, aquel maestro de las naciones, aquel doctor de las gentes, aquel vaso de elección que iluminado por el Espíritu santo, supo del mismo Jesucristo el sentido íntimo y verdadero de la ley; cómo escribiendo á su discípulo Timoteo, le decía: *juvenes similiter exhortare ut sobrii sint* (3)? Exhorta á los jóvenes á vivir con sobriedad y modestia: dáles á entender que el Dios de los cristianos no es ninguno de aquellos dioses de la gentilidad, deidades imaginarias y fantásticas, que propicias á los vicios de los hombres perdidos, permiten rienda suelta á las pasiones de la juventud desenfrenada, pues nuestro Dios es Dios de todas las edades: en su presencia no puede justificar la juventud ni los excesos de la impureza, ni el frenesí de sus blasfemias, ni el furor de sus odios y venganzas, ni los excesos de su destemplanza: *juvenes similiter exhortare ut sobrii sint*.

Ó loca y desatinada juventud! ¿con que Dios no es Dios de todos los tiempos? no es Señor de todos los tiempos? ¿no es el dispensador, el árbitro y el autor de todos los tiempos? ¿Te-

(1) *Ibid.* (2) *S. Luc. c. 9. v. 23.* (3) *Epist. ad Timoth. c. 2. v. 6.*

nemos acaso un solo momento que no sea una gracia de su benigno amor, y como un efecto de su infinito poder? ¿no teje su mano toda la tela de nuestra vida? ¿no se derivan de este mismo principio nuestros primeros instantes y nuestros últimos momentos? ¿no es el alma de la juventud, del mismo modo que es el apoyo donde la vejez se sustenta? Y si todo es de él, ¿por qué no se referirá todo á él? si todo viene de Dios, ¿por qué no volverá todo á Dios? ¿Con qué derecho te atreves á vulnerar su autoridad suprema, señalándole límites, y fijando el tiempo en que ha de tener principio su imperio? ¿Con qué derecho usurpas de una vida, que debes toda entera á la liberalidad de Dios, veinte ó treinta años, que robas á su Majestad, para adjudicarlos al vicio y al demonio? y cuando en el bautismo le juraste fidelidad inviolable, ¿prometiste darle solamente la vejez?

Hombre ingrato y fementido! ¿parécete que toda tu vida entera es dádiva excesiva para un Dios tan grande, para un Dios, de quien la has recibido toda, para un Dios á quien la has prometido toda? Señálame una cosa que no hayas recibido de Dios, y yo te diré lo que puedes negarle. Dime desde cuándo empezó á amarte, y yo te diré hasta qué edad te es permitido ofenderle. Sabe pues que todavía no existías, y ya él te amaba: y qué? no emplearás tú en amarle todo el tiempo que existas?

Nace Jesucristo, y luego llora: apresúranse á salir aquellas lágrimas que han de amansar la cólera de su eterno Padre enojado por tus ingratitudes, y con sus ardientes suspiros y deseos eficaces llama la hora en que han de empezar sus tormentos: *Baptismo aveo baptizari, et quomodo coarctor usque dum perficiatur* (1)? Yo, decía á sus apóstoles, he de ser bautizado con un bautismo de sangre: ¡oh, y cuánto tarda para lo ardiente de mi amor el cumplimiento de esta grande obra! Finalmente en la flor de sus años, en la primavera de su vida muere por ti; y de esa edad ¿no te dignas todavía de vivir por él?

Obstupescite coeli super hoc (2). Asombráos, cielos! No se contenta mi pueblo con tratarme como á los dioses de los paganos, y de mancomunarme con un ídolo vano y sin poder, sino que también ofrece á la sensualidad el incienso mas puro y las víctimas mas pingües: *obstupescite coeli super hoc*. ¿Es posi-

(1) *S. Luc. c. 12. v. 50.* (2) *Jerem. c. 2. v. 12.*

ble, vil é indigno cristiano, que tu Dios no te parezca bastante amable para rendir y fijar tu amor? No repruebo ya tu ceguedad, tu perfidia y tu ingratitud: corra tu mudable é inconstante corazon de objeto en objeto; obsequie ahora á Dios, ahora al mundo; tenga dias señalados para servir alternativamente ya al uno, ya al otro; pero en fin ya que no merece Dios reinar solo en tu corazon, ¿no es á lo ménos digno de reinar en él el primero? ya que no merece un amor perseverante que abrace todo el discurso de los años, ¿es acaso indigno de los mejores dias de tu vida?

Porque resolverse libremente y de caso pensado á dejar á Dios, miéntras dura la juventud, y no convertirse sino en la vejez, ¿no es hasta donde puede rayar el desprecio y el ultraje? ¿Sabes qué quiere decir este discurso: miéntras me sienta con brio y fuerzas, quiero darme á los deleites, y cuando la edad vaya cayendo, me volveré á Dios? sabes qué quiere decir? Avivád vuestra atencion para escucharlo. Es como si dijeras: yo no puedo dejar de convertirme á Dios tarde ó temprano; pero quiero dilatarlo cuanto me sea posible: harélo cuando me vea estragado por los deleites, empobrecido por el libertinaje, perdido y podrido por la disolucion: harélo despues de haberme desquitado anticipadamente de las mortificaciones saludables de la virtud con los gustos pecaminosos del vicio. Es como si dijeras: amo al mundo y á sus deleites; amo al pecado y á los deleites reprobados del pecado; y no me apartaré del mundo, hasta que el mundo me desampare; ni dejaré de servir al mundo, hasta que el mundo me despida de su servicio; ni me abstendré de los deleites, hasta que me vea imposibilitado de disfrutarlos; ni aborreceré el pecado, hasta que el pecado carezca ya de incentivos para mí; ni lo evitaré, hasta que me ofrezca otras comodidades que el infierno; ni dejaré de amarle, hasta que de amarle no me resulte ningun fruto ni utilidad. Es como si dijeras: no me entregaré á Dios sino en el caso de no hallar otro á quien servir, ni le buscaré sino cuando todo lo demas huya de mí: yo le reservo para que ocupe el vacío que dejará en mi corazon la pérdida de los bienes y placeres mundanos; yo bien deseo que me consuele en los sinsabores de la vejez; pero no quiero que acibare los gustos de mi juventud. Es como si dijeras: mi corazon no se mueve por los beneficios de Dios; pero la memoria de sus castigos consterna y atemoriza mi al-

ma: y como por una parte no le amo, le ofenderé miéntras me considere con tiempo bastante para aplacarle; como por otra parte le temo, emplearé algunos de mis decrepitos dias en desagrarle; y con tal que logre desenojarle, nada me importa haberle ofendido, porque no me propongo evitar el pecado, sino el castigo que trae consigo el pecado. Es como si dijeras: nada haré en todo el discurso de mi vida mirando á Dios, sino que lo ejecutaré todo mirándome á mí: el amor de mí mismo y la propia conveniencia serán la regla de mis desaciertos y de mi conversion, de mis pecados y de mi penitencia; por este impulso me moveré á amar y á aborrecer; por él admitiré en mi alma ya el deleite de ofender á Dios, ya el dolor de haberle ofendido: al principio me apartaré de su Majestad para entregarme sin rienda á los gustos sensuales, y despues me volveré á él para asegurar mi salvacion. Es finalmente como si dijeras: mi corazon vive entregado al mundo, y desearia continuar en gozar de sus deleites; no le privaré pues de ellos sino á mas no poder: es verdad que mi corazon vive apartado de Dios; pero no se lo entregaré sino cuando no pueda hacer otra cosa, ni me portaré como cristiano sino en cuanto baste para no condenarme: regularé mi juventud por los impulsos de mi amor, y mi vejez por las impresiones únicamente de mi temor.

Discurrir y obrar de este modo ¿no es conservar siempre aficion al pecado? ¿no es exponerse á amarle siempre, y por consiguiente á no dejarle nunca? no es esto burlarse de Dios? no es esto alucinarse y engañarse á sí mismo? Y ¿qué sería de vosotros, amados oyentes míos, si Dios no quisiese ser tampoco Dios de vuestra vejez, así como vosotros no queréis que sea Dios de vuestra juventud? ¿si repudiase los dias postreros de vuestra vida, así como vosotros le negáis los primeros? ¿si murieseis finalmente sin haber alcanzado, ni aun pedido la gracia de una conversion sincera y verdadera? Tendriais motivo entónces para quejaros? Y el decoro de su gloria ¿no parece que exige que despues de haber sido burlado, os burle tambien igualmente? ¿debe contemporizar con nuestros antojos, cuando nosotros despreciamos su autoridad?

No, me diréis, no temo que desatienda mis lágrimas, bien sé qué oirá benignamente mis postreros suspiros, y que mi desmayada y moribunda voz llegará hasta su trono; pues ¿quién

no sabe que el Dios de las misericordias es un Dios que se aplaca fácilmente?

¿Con que sabes que es un Dios que fácilmente se amansa, y con todo eso eres tan bárbaro que le ofendes? ¿quién ha visto que el amor del padre sea causa para que su hijo le injurie? Si Dios, replicas, fuese ménos digno de ser amado, yo procuraría amarle: lo que me alienta á ofenderle en mi juventud, es la esperanza de que aceptará mi arrepentimiento en mi vejez; de modo que si hubiera puesto límites y término á su amor, yo los hubiera puesto á mi ingratitud; y siendo ménos misericordioso, sería mas amado. Ó hombre pérfido! ¿hasta dónde ha de llegar tu atrevimiento y desprecio? Tu conducta no solo ultraja á Dios de un modo cruelísimo, sino que es tambien imprudente en su grado, pues lo aventuras todo para en adelante.

II. Con efecto, cuando la juventud se resuelve temerariamente á sumergirse en el vicio, no por eso consiente en precipitarse en el infierno, porque espera enmendar con la buena conducta de la vejez los desórdenes de los primeros años. Pero preguntáos, ¿pende de vuestra mano el hilo de vuestra vida, ó sabéis el número de días que habéis de subsistir en el mundo? ¿qué sabéis vosotros si Dios ha señalado el fin de vuestra vida cerca de su principio, condenándoos á morir casi inmediatamente despues de nacer? ¿qué sabéis vosotros si esa flor de la juventud padecerá la misma suerte que las demas flores transitorias y caducas, que á la mañana ostentan su verdor y lozanía, y á la tarde se desmayan y marchitan? ¿Qué propicia mano ha corrido el velo que oculta á vuestra vista la incertidumbre de lo futuro? ¿no ignoráis vosotros igualmente que yo los arcanos de aquella sabiduría infinita que puso límites á nuestra vida, y señaló aquellos términos fatales que no podemos traspasar? Lo que yo sé es que he visto, y vosotros lo habréis visto tambien, que muchos jóvenes heridos de una mano invisible murieron de repente en el verdor de sus años, en la flor de su edad; que imploraron en vano con sus lágrimas y suspiros á la juventud y á la vida, que sordas á sus clamores huían precipitadas: vosotros los oisteis exclamar en la amargura de su corazón con aquel rey de Judá: *in dimidio dierum meorum vadam ad portas inferi*: yo siento que mis fuerzas desfallecen, la escasa luz de mis ojos no ve sino las sombras de la muerte; apé-

nas he vivido algunos días, y ya me recibe la oscura concavidad del sepulcro: *in dimidio dierum meorum vadam ad portas inferi*. Lo que me consta es que en ningun siglo se han visto mas sucesos trágicos, mas muertes repentinas é imprevistas que en el nuestro. Parece que la enormidad de nuestros delitos ha alterado las leyes de la naturaleza; que á proporcion que nos apresuramos nosotros á ofenderle, él se apresura á castigarnos; y que ha preparado nuevos tormentos para castigar estos nuevos monstruos de obscenidad y de irreligion de que casi no tuvieron idea nuestros padres. Lo que sé es, que atendida la historia de los siglos pasados y la experiencia del presente, resulta que de cuantos viven en el mundo, un cortísimo número llega á la vejez, y que la muerte se complace en segar gargantas de jóvenes, y en sacrificar tiernas víctimas en sus funestas aras. Sé que es sentencia expresa del Espíritu santo, manifestada en los sagrados Libros, que el impío perece por lo comun en la mitad del curso de su vida: *non dimidiabunt dies suos* (1); que el árbol infructuoso que ocupa inútilmente la tierra, será arrancado, sin que aguarde el dueño á que por sí mismo se caiga: *ut quid etiam terram occupat* (2); que el pecador, por mas que emulando los cedros del Líbano, levante hasta las nubes su orgullosa cabeza, desaparecerá en un instante, y echándole de ménos la tierra que le sustentaba, preguntará si existió: *transivi, et ecce non erat* (3). Lo que sé es, que atendiendo muchas veces su divina Majestad á su misericordia ultrajada, á su justicia desairada, á su Iglesia deshonrada, y á los demas fieles cristianos á quienes inficionaria el contagio de vuestros malos ejemplos; os ataja los pasos en medio de la carrera, acorta los días de vuestra vida, para que se acaben los escándalos de ella, y sobresalta la falsa seguridad de la juventud desatinada, dándole ocasion para que no espere, á ejemplo vuestro, tener tiempo ya de disfrutar de los deleites del pecado, y ya de detestar el pecado de vuestros deleites.

Y ¿qué sería de ti, joven infeliz, si como otro Baltasar, y en medio de tus gustos ilícitos é inmundos vieses de repente que una mano fatal escribía la sentencia de tu muerte? ¿qué sería de ti, si desde el lecho de la culpa te hallases trasladado súbitamente á los brazos de un Dios justiciero, exhalando todavía

(1) *Psalm. 54. v. 24.* (2) *S. Luc. c. 13. v. 7.* (3) *Psalm. 36. v. 36.*

los vapores de tu obscenidad, y respirando vicio, destemplanza y disolucion? y ¿harás todavía gran caudal de esos años que te prometías y reservabas para tu conversion? ¡Ay, y á cuántos ha condenado esta temeraria confianza! Si el infierno se abriese en tu presencia, ¡cuántos te dirían: jóvenes fuimos nosotros como tú, robustos y con salud; como tú nos dejámos dominar de las pasiones que nos engañaban, y variábamos los pecados segun el arbitrio y diversidad de nuestros deseos: tambien pensábamos como tú, que con el ejemplo de los postreros años de la vida borraríamos los escándalos de los primeros; pero ay, que nuestros primeros años fueron los últimos! Empleámos en locuras el tiempo que teníamos, y no llegámos á ver el tiempo que destinábamos para vivir virtuosamente! qué delirio! ¡despreciar lo que está en nuestra mano, y fundar la esperanza de la eternidad en lo que no depende de nosotros! ¿Es posible, Salvador mio, que sea cosa tan dulce el ultrajaros, que sacrificuen los hombres sus intereses de mayor importancia al detestable deleite de haberos ofendido? de modo que estará acaso determinado que perezcan hoy, y aguardan ellos á mañana á precaver su ruína.

Quiero no obstante, que saliendo victoriosos de tantos azares y peligros como amenazan á la juventud, lleguéis á una edad mas avanzada. Pero el fin de vuestra juventud ¿será por eso el principio de una vida cristiana? ¿ó ántes bien imitaréis á aquel ingrato israelita que apelaba siempre á lo futuro, sin quererle obligar nunca al tiempo presente? *expecta, reexpecta* (1); espera, espera mas. Si por eso no queréis servir á Dios en la juventud, porque solo os queréis volver á Dios forzados de la necesidad de asegurar vuestra salvacion, ya pasó esa juventud, ya se ha amortiguado ese hervor de la sangre, ya con la edad se va entorpeciendo y helando en las venas; pero como no es todavía la vejez decrepita, cada dia dilatáis vuestra conversion: *expecta*. A los pasatiempos de la juventud han sucedido la avaricia y la ambicion de la edad mas madura: viviais ántes entregados á los deleites, y ahora aplicáis todos vuestros cuidados y desvelos á los adelantamientos de vuestra fortuna: *reexpecta*. A proporcion que vais creciendo en edad, ponéis mas adelante el término que os habiais fijado; descubris de-

(1) *Isai. c. 28. v. 10.*

lante de vosotros mas tiempo todavía y mas espacio, y no os tenéis por tan viejos, que no podáis aun esperar algunos años de vida: *expecta*. El tiempo que pasó, os parece un fugaz instante, y echáis de ver que ha sido tan poco lo que habéis vivido, que esperaréis vivir largo tiempo. Llegáis á cierto momento en que os persuadís que setenta ni ochenta años no son de aquellas edades que se arriman á la sepultura, y ese es puntualmente el momento en que habéis entrado vosotros en aquella edad. Por otra parte no reguláis ya la vejez, ni la juventud por el número de los años, sino por la robustez del temperamento. Procuráis persuadiros que sois jóvenes; y ¿qué no hacéis para persuadirlo á los demas? No os cansáis finalmente de esperar, y por consiguiente tampoco os cansáis de dilatar: *reexpecta*.

Pero qué, cristianos! ¿creéis acaso que está en manos del hombre gobernar á su arbitrio el corazon, disponer despóticamente de él? ¿moverle á su voluntad, darle y apartarle, aficionarle y desprendarle, abandonarle y volverle á cobrar, cuando quiere, y siempre que quiere? O juventud, ó floridos, pero fatales años! ¡que no nos sea permitido cercenar de nuestra vida aquellos dias de delirio y de embriaguez, que tanta guerra y tantas calamidades nos ocultan bajo la apariencia de un deleite engañoso! Dejamos que se apodere de nuestro corazon la avaricia, la envidia, la ambicion y la destemplanza, y nos lisonjeamos de poder extinguir esa llama, y de contener ese torrente arrebatado. Vana ilusion, esperanza quimérica y funesta! Vives engañado, amado hermano mio, y el infierno juega con tu flaca razon. No te dirá que pases toda la vida envuelto en pecados; bien sabe que no te atreverias á seguir una guia tan horrible, si no te pusiese delante algun camino por donde libertarte de su tiranía. No quiere pues sino que le concedas algunos dias; que él sabrá aprovecharse bien del tiempo que le des: él contaminará, socavará y carcomerá todos los cimientos de la virtud y de la fe, y sabrá radicar con tal firmeza su imperio, que ejerza mas amplio poder en tu alma que tú mismo.

Ay jóven desdichado, exclama el Crisóstomo! duermes con sosiego á los piés del ídolo que te hechiza, y que no te despertará hasta que te haya privado de todas tus fuerzas: sirves al infierno, porque al parecer es poco lo que te pide; pero entiende que eso poco es el todo: *hoc parum non est parum, immò est totum*. Y por qué lo es todo? porque el que peca, dice

Ruégoos pues encarecidamente que carguéis el peso de vuestra consideracion sobre estas tremendas palabras, vosotros que todavía os halláis en la flor de la edad, y que fluctuáis entre Dios y el mundo. Estos dos señores de condiciones tan contrarias pretenden el dominio de vuestro corazon. O fragilidad, ó vergüenza, ó miseria humana! ¡que constituido el hombre entre dos señores de tan diversas condiciones, no es fácil decidir á quien elegirá ántes, si á Dios, ó al mundo! Examinád pues cuál es digno de vuestra preferencia; pero tenéd entendido que en el curso ordinario de las cosas las obligaciones que ahora contraigáis, durarán siempre, y los últimos momentos de vuestra vida serán probablemente de aquel que posea los primeros: *Adolescens juxta viam suam etiam cum senuerit, non recedet ab ea*. Los delitos de la juventud se internan en lo mas interior del alma, y el veneno penetra y se introduce prontamente; y son necesarios remedios violentísimos para purificar la parte infecta: vuela en un instante la saeta, pero la herida que abre, tarda muchos años en cerrarse, y siempre se conserva la cicatriz. Quiéroos decir, que no solo aventuráis mucho para en adelante siguiendo los halagos del pecado en vuestra juventud, sino que desde luego perdéis ya algunos bienes irreparablemente.

III. Perdéis en primer lugar aquella inocencia inestimable que recibisteis en el bautismo. ¡Felices de vosotros los que la conserváis aun, si conocéis toda vuestra dicha! Congratuláos de vuestro estado, que jamas llegaréis á recuperar, si una vez lo perdéis. Porque si habéis pecado, bien podéis estimulados de la fe y de la caridad, huir á los mas remotos desiertos, turbar con vuestros suspiros y lamentos el silencio de las selvas, pasar años enteros en llorar una sola culpa, renovar los rigores de los penitentes de la primitiva Iglesia; bien podéis, cubiertos de ceniza, mortificados con cilicio, extenuados con ayunos, consumidos con vigiliass, derramar lágrimas sin duelo; que vuestras lágrimas es verdad que aplacarán la indignacion de Dios, oyendo y escuchando misericordioso los gemidos de un corazon contrito y humillado, y sus ojos verán con complacencia un pecador arrepentido; pero al cabo en la misma penitencia que le desagravia, registra las huellas y vestigios del pecado que le ofendió. Oíd cómo habla Jesucristo á los pecadores que perdonó en su Evangelio: *Vade in pace*: véte en

paz: *jam amplius noli peccare*; y no peques mas (1). *Vade in pace*: perdonado te es tu pecado: *jam amplius noli peccare* (2); mas no te olvides nunca de él. Y con todo eso era digna de envidia su suerte, pues al fin estaban ciertos del perdon de su pecado; miéntras nosotros, despues de veinte y de treinta años de lágrimas, siempre tendremos motivo para dudar, si habremos llorado plenamente los nuestros. Así lo habéis querido vos, Señor, que el hombre que tuvo la desgracia de apartarse de vos, no pueda jamas certificarse de que ha recobrado vuestra amistad, para que este congojoso cuidado sea el torcedor de su ingratitud: *Vide quia malum et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum* (3). El pecado es cierto, la penitencia muchas veces incierta: ¡qué razon tan poderosa de consternacion y tristeza para una conciencia timorata y delicada! Yo sé que Dios me ha aborrecido, y no sé si me ama; sé que he merecido su indignacion, y no sé si merezco su amor; sé que mi pecado merece el infierno, y no sé si mi penitencia merece que use conmigo de misericordia aquel Dios que imploro; sé que he sido pecador, y no sé si estoy convertido. De modo que miéntras viva en este mundo, sólo llegaré á tener certeza de que si no me he reconciliado con Dios, no puedo evitar el infierno: todo lo demas es un misterio profundo é inapeable que no me toca averiguar, y en que solo debo pensar para excitar mi vigilancia, para avivar mi amor, y animarme á esperar la misericordia infinita de un Dios tan benigno para el pecador verdaderamente arrepentido, cuanto inflexible para el pecador temerariamente presuntuoso. Y no hablo ahora de las dificultades que cuesta desprenderse del pecado, compeler al corazon á mudar de objetos y de inclinaciones, romper las cadenas que labró el deleite, destruir una pasion nutrida, aumentada, fortalecida en el discurso de muchos años. ¡Qué repugnancia siente el hombre en desprenderse del amor al vicio! qué incertidumbres no le contrastan! qué horror de sí mismo! qué sobresaltos al pensar solo en la conversion! qué sentimiento de cuanto va á dejar! qué temores de lo venidero! qué irresoluciones, qué perplejidades! qué dictámenes tan contrarios traen al entendimiento confuso con una cruel incertidumbre, y fluctuando entre las luces que le hieren, y los malos é invete-

(1) *S. Marc. c. 5. v. 34.* (2) *S. Joan. c. 8. v. 11.* (3) *Jerem. c. 2. v. 19.*

rados hábitos! Oh, cómo se pagan entónces con usuras aquellos deleites que embelesaron á la inconsiderada y loca juventud! ¡Cuántos exclaman entónces con el profeta David: dichoso y mil veces dichoso el que no anda por las erradas sendas de los pecadores! *Beatus vir qui non abiit in consilio impiorum, et in via peccatorum non stetit* (1).

¡Qué locura, qué ceguedad es la nuestra, oyentes míos! ¿cómo no procedemos en el negocio de nuestra salvacion como procedemos en los negocios temporales? Mirád esos hombres que se desvelan, se apresuran y pasan los mejores años de su vida en un trabajo ímprobo, menoscabando, fatigando y consumiendo su juventud con afanes y congojosas solicitudes; preguntádes ¿qué pretenden con tantos cuidados? y os responderán, que la quietud y tranquilidad de la vejez. Pues esa vejez que queréis pasar con tanto sosiego, ¿por qué la cargáis con el peso de tantos pecados y de los agudos remordimientos, que es preciso cause una juventud desarreglada y viciosa? ¿por qué la cargáis con la triste obligacion de curar tantas heridas mortales, de sufrir tantos dolorosos sacrificios, de verter lágrimas tan amargas, de llorar, de satisfacer, de expiar y de castigar tantos pecados?

Perdéis en segundo lugar un tiempo irreparable y de sumo valor, y todos los méritos que podiais adquirir. ¿Pensáis que no os concede Dios los hermosos años de vuestra juventud, sino para andar como insensatos tras de esos inmundos deleites, para desperdiciarlos en diversiones indignas de vosotros y de él, en el frenesí del juego, en glotonerías, en amores locos, en los envenenados gustos de esas conversaciones libres, de esas músicas provocativas, de esas conversaciones, cuya alma es la murmuracion, y muchas veces la calumnia? O santos cielos! ¿es posible que al perder, al malgastar y al infamar con disoluciones sin término los mejores años de la vida, se ha de llamar hoy con eterna ignominia de nuestro siglo, saberlos gozar? ¡Ay, qué rabioso dolor sentiréis á la hora de la muerte en aquel momento formidable, en que desapareciendo la figura de este mundo, solo la eternidad pondrá delante de vuestros ojos la inmensa duracion de sus infinitos espacios, y os llamará toda vuestra atencion, al consideraros llenos de pecados y vacíos de buenas obras!

(1) *Psalm. 1. v. 2.*

Preguntád á vuestros padres, dice el Profeta, consultád á los que se hallan en la extremidad de la vida: *interroga patrem tuum, et annuntiabit tibi* (1): escuchád cómo se lamentan de haber ocupado inútilmente un tiempo tan inestimable. Aplicád el oído á las últimas palabras que pronuncia ese hombre afortunado segun el mundo, á quien las ganancias, el favor ó el empeño levantaron acaso del polvo de la tierra á la cumbre de los honores y de la opulencia, y cuya vida se empleó toda en facilitar, acrecentar y conservar su fortuna: *interroga*. Yo muero, dice; ya me hallo al fin de mi carrera, ya pasó el tiempo oportuno de trabajar, ya no puedo hacer nada para la otra vida, y cuando lo pude, no lo quise hacer: ay! si la solicitud con que he granjeado las cosas temporales, la hubiera puesto para adquirir las eternas, ¡con cuánta tranquilidad moriría ahora! Es verdad que dejaría en el mundo ménos riquezas precederas; pero me llevaría conmigo al cielo otras mas sólidas y permanentes. Vosotros los que todavía os quedáis en este valle de lágrimas, procurád no amar sino á Dios, ni tratéis sino de Dios, pues solo la virtud no muere, todo lo demas fenece y no puede acompañarnos adonde vamos: *interroga patrem tuum*.

Preguntád á ese hombre sumergido en el cieno de los deleites, á quien el mundo tuvo por afortunadísimo, porque gozó una vida continuamente regocijada y deliciosa, que se ha desvanecido con mas velocidad que el mas lijero sueño. Yo he incurrido, dice, en el desatino de desear los placeres, de solicitarlos, de amarlos, y no me queda de todo sino la dura necesidad de llorarlos, el cruel remordimiento que me causa una vida que solo he ocupado en cosas temporales que ya no existen, y la atormentadora idea de que nada he hecho por adquirir las eternas que durarán siempre: *interroga patrem tuum, et annuntiabit tibi*.

¿Cómo los yerros ajenos no hacen á ninguno mas advertido? ¿cómo no se aprovechan los hijos de los desaciertos de los padres? Si veis que sus lágrimas se derraman sin fruto, si veis que su afliccion y suspiros no son parte para que vuelvan otra vez los años que ya pasaron, practicád vosotros lo que ellos sienten no haber hecho: seguid aquel consejo del Sabio: *quodcumque potest facere manus tua, instanter operare* (2): todo lo

(1) *Deuter. c. 32. v. 7.* (2) *Eccl. c. 9. v. 10.*

que puede practicar tu mano, hazlo al instante. ¿Queréis mas bien llorar la pérdida de vuestra juventud, que gozaros de haberla empleado virtuosamente? Supuesto que los años han de marchitar esa brillantez, esas gracias de la juventud con que ahora tanto te engrías y ensoberbeces, mujer vana, ¿no es mas acertado sacrificarlas á la modestia y á la virtud, que exponerlas á que los años las injurien y el tiempo las ultraje? Supuesto que es indispensable dejar algun dia al mundo y sus deleites, ¿no es mejor dejarle meritoriamente, que aguardar á que él te deje? *Expedit hæc relinquere quam relinqui.*

Y á vosotros, que habéis pasado ya la edad primera, y que la habéis pasado poco cristianamente, qué os dire? sino que lloréis con lágrimas que nazcan de un corazon verdaderamente contrito los delitos de vuestra juventud, postrándoos todos los dias en el templo santo de Dios, y diciéndole con san Agustin: *sero te amavi, pulchritudo semper antiqua et nova.* Hermosura siempre antigua y siempre nueva, ay qué tarde he empezado á amarle! O Dios mio! de edad de treinta años decia este gran santo que habia empezado muy tarde á amaros, y ¡yo que he pasado ya de esa edad, todavía no he empezado! Pero ya empiezo desde este mismo instante, repitiendo sin cesar: *sero te amavi*: la voz de mis lágrimas y suspiros os dirá continuamente: *sero te amavi*. Muy tarde, Señor, os he amado: ¿ acaso temia yo amaros demasiado pronto? cuando yo me resistia á amaros, ¿no erais vos tan amable como ahora? ¿no erais mi Dios, mi Criador, mi padre, el esposo y el redentor de mi alma? no habiais derramado vuestra sangre por mí? ¿no se habia hecho sentir vuestra gracia en lo íntimo de mi corazon? ¿no estaba yo obligado á tener presentes vuestros beneficios? pero yo ingrato me he hecho sordo á tantas amorosas voces! ¡Oh, si pudiese descontar del número de mis dias los que he pasado sin amaros! *sero te amavi*: dias que siempre lloraré sin consuelo: *sero te amavi*.

Llorád, amados oyentes míos, aquella juventud tan amada de Dios, que él deseaba para sí, que os la pedia, que era tan acreedor á ella, y que vosotros le negasteis tan injustamente. Llorád aquella juventud, cuya prevaricacion ha pervertido las demas edades; aquellos años en que os hubiera sido tan fácil la virtud, y cuyos vicios os la han dificultado tanto. Llorád tantos preciosos dias empleados en servicio del mundo, de quien

habéis recibido tan infeliz recompensa. ¿Dónde está el fruto de tantos instantes, de tantas horas, de tantos dias trabajosos, de tantas noches desasosegadas? en qué abismo se ha hundido todo esto? de los deleites no ha quedado ni sombra; pero el pecado todavía dura. Llorád la inutilidad de vuestra juventud; reparád aprisa sus daños; empleád provechosamente el tiempo que su Majestad os concede: ¿no estáis contentos con el que habéis desperdiciado? Si esperabais la vejez, ya os halláis viejos: ¿queréis prolongar hasta el sepulcro los desvaríos de la juventud? Llorád, y ojalá que la abundancia de vuestras lágrimas haga conocer á los que ahora empiezan á vivir, la necesidad de servir á Dios desde su juventud.

He procurado convenceros de esta necesidad en la primera parte: paso á enseñaros brevemente los medios con que podéis manteneros en la juventud en su amistad y gracia, que es el asunto de la segunda.

SEGUNDA PARTE.

Entrád desde luego en una prudente desconfianza de vosotros mismos, de modo que el conocimiento de vuestra flaqueza os inspire una continua vigilancia: nunca confiéis en vosotros, y estád siempre advertidos contra todo lo que os rodea.

I. No estemos satisfechos de que para hacer buenas obras, tenemos aquella fuerza y vigor que perdimos por el pecado de nuestros primeros padres. Tengamos presente que llevamos el tesoro de la gracia en vasos quebradizos, cuya fragilidad debe traernos recelosos, y que todo hombre lleva consigo peligros que, si bien puede vencerlos, no los puede evitar. Tengamos presente que la juventud, ademas de los peligros comunes, tiene otros que le son peculiares; que exteriormente todo conspira á engañarla, á pervertirla, á perderla; que interiormente oye los desaforados gritos de las pasiones, irritadas con lo ardiente de la edad, con el hervor de la sangre, con la fuerza y actividad de la imaginacion; que el corazon, sujeto al deleite, fácil de enardecerse, vivo é impetuoso en sus deseos, está dispuesto á hacernos traicion cada instante: tenéd presente sobre todo que en la edad en que os halláis, no tanto tenéis que temer, por flacos que seáis, vuestra fragilidad, como vuestra

presuncion. Nada ó casi nada podemos, y no obstante creemos poderlo todo: este es el tremendo escollo donde naufraga cada dia la virtud mas acendrada. Queréis hallaros en todo, intervenir en todo, verlo todo, oírlo todo, hablarlo todo: mantenéis amistades, oís conversaciones, no excusáis familiaridades, cuya libertad hubiera pervertido á los santos; soltáis la rienda á vuestro entendimiento para que se apaciente con especies halagüeñas; permitís que la imaginacion se cebe y saboree con imágenes que alborotan el sosiego de vuestro espíritu; discurrís con la vista por variedad de objetos que despiertan la concupiscencia; os exponéis á las mas peligrosas ocasiones; no negáis á vuestros ojos cuantos espectáculos avivan las pasiones; y en medio de todo esto os prometéis conservar ilesa vuestra virtud.

Entendéd pues que las grutas mas retiradas, la soledad mas absoluta, la ceniza, el cilicio, la yerta frialdad de la vejez no han bastado siempre para defender la virtud de aquellos ángeles del desierto, de los anacoretas, digo, de los cuales algunos se perdieron en el rincon del claustro, en el recinto de las cavernas de las fieras, al pié de los altares, y casi entre los brazos del mismo Jesucristo.

O infeliz presuncion! cuántas vírgenes consagradas á Dios has derribado, cuántos sacerdotes criados á la sombra del santuario, cuántos hombres aguerridos en el ejercicio de la virtud! Una mirada inadvertida, la leccion de un libro, una conexion peligrosa, una accion indiscreta fué muchas veces el origen y la causa primera de su ruína; y ¿creeré yo que el corazon de ese jóven que nada evita, resistirá á todo? ¿que la débil caña no cederá á la violencia del uracan que desarraiga los cedros del Líbano? Si queréis pues conservar la inocencia, que es flor tan tierna y delicada, procurád defenderla de los vientos y tormentas, porque basta un hálito para marchitarla.

¡O juventud inconsiderada, cuántos escollos te cercan! Si rompes una vez el freno á tus pasiones, no esperes ya volverlas á sujetar. Un deseo engendra otro deseo, un deleite estimula á otro deleite: el fuego una vez encendido crece, se aumenta, toma mas cuerpo cada instante, y todo lo consume y abrasa. A los principios de esa pasion te lisonjeabas que te contendrias en ciertas acciones, y tú mismo te asombras de haber hecho tantos progresos en ella. Sabes la causa? la razon habia fijado

al parecer los límites; pero la concupiscencia los ha traspasado. El demonio es artificioso y astutísimo, y así al principio no te pone delante toda la escandalosa disolucion de los vicios, por no horrorizarte con lo feo del pecado; pero como está seguro de hacerte caer en él poco á poco y como por grados, solo te pide que des algunos pasos, porque sabe que los darás con una propension tan impetuosa, que no podrás ya contenerte, y caerás hasta lo profundo del abismo; porque como el pecado dispone para el pecado, lo que parecia demasiado al principio de la pasion, ya no es bastante para la pasion fortalecida y fomentada con la multitud de los pecados. ¿Pensáis que David formó al principio la bárbara resolucion de bañar la tierra con la sangre del infeliz Urías? ¿ni que Salomon erigió al principio de su vida relajada altares á los dioses de los gentiles? Y vosotros, esclavos miserables del vicio, á quienes la desenfadada disolucion ha precipitado de delito en delito hasta los últimos desórdenes, ¿rompisteis la primera vez el antemural de la vergüenza sin intencion de convertirlos? ¿quisisteis ser de repente lo que sois hoy dia? Desengañaos, que es mas fácil no condescender en nada con las pasiones, que contener su ímpetu. Si queréis no tener nada que temer, receláos de todo, y acabád de entender que no seréis virtuosos sino en cuanto viváis desconfiados de vosotros mismos.

II. Pero no basta que desconfiéis de vuestra fragilidad; es necesario que este conocimiento os obligue á cautelaros prudentemente. Es verdad que el hombre es flaco; pero Dios es poderoso. Si él te sirve de escudo, qué dardos te podrán herir? *si Deus pro nobis, quis contra nos* (1)? Y en quién consiste que no lo sea? No creáis, no, que deje de oír los ruegos de un jóven, que deseoso de su salvacion, le diga con los apóstoles: *salva nos, perimus* (2). Señor, gobierna por tu mano esta pobre barquilla que está para engolfarse en un mar de tantos escollos y bajíos, pues sin tu amparo, azotada de los vientos y las olas, naufragará miserablemente. ¡Qué tormentas, qué recios temporales no se levantan de repente! Apenas es vencido un enemigo, cuando se levanta otro de entre las mismas ruínas del primero. El mundo, el infierno, el deleite, el dolor, las prosperidad, la adversidad, todo se arma contra mí; todo conspira

(1) *Ad Rom. c. 8. v. 31.* (2) *S. Matth. c. 8. v. 25.*